

vió ser su autor Arnaldo de Villanova, y junto á él estaban Paracelso, Rosino, Alquindo y Raimundo Lulio. Como el genovés le viese ocupado en mirar aquellos libros, díjole: ¿Qué es lo que mira tan atento el señor Garay? El dijo: Veo aquí una escuela junta de alquimistas, y según la curiosidad con que usted tiene estos libros, debe de profesar esta ciencia. Es así, dijo el genovés, que algunos ratos me ocupo en estudiar en esos libros; ¿usted sabe algo de ellos? Casi toda mi vida, dijo Garay, he gastado con ellos. Según eso, replicó Octavio, usted será gran alquimista. No le digo á usted lo que soy, dijo Garay, dejándolo para mas despacio, que trataremos de esto; solo sé que, fuera de estos libros, no he dejado de leer y estudiar ningún autor químico, y conozco razonablemente al señor Avicena, Alberto Magno, Gilgilides, Jervo, Pitágoras, los *secretos de Cálido*, el libro de la *Alegoría*, de Merlin, *de secreto lapidis*, y el de las *Tres palabras*, con otros muchos manuscritos é impresos. Solos los manuscritos me faltan, dijo el genovés, porque los demás ahí están; mas luélgome que usted profese este arte químico, á que yo soy tan aficionado. Bien lo sé, dijo Garay, yendo en la malicia de lo que pensaba ejecutar adelante; mas si le digo una cosa, se ha de admirar, y llegándosele al oído, le dijo en voz baja: Mi sobrina, si ser latina, sabe tanto como yo, porque lo que practico lo ejecuta con la mayor prestieza del mundo, y de esto ha de ver usted presto las pruebas; pero por ahora no la diga nada, que lo sentirá mucho.

No pudiera Garay haber topado camino para engañar al astuto genovés como aquel; porque era tanta su codicia, que andaba muerto por comenzar á hacer la piedra filosofal, pensando manar en oro y plata con ella, y con tal compañía se dió luego por felicísimo: engaño con que han gastado muchos sus haciendas y perdido sus vidas. Cuando esto le dijo Garay á Octavio estaba Rufina ocupada mirando algunos libros curiosos de entretenimiento, que de todos tenía allí el genovés; pero con su divertimento pudo oír algo de la plática, tocante á la química, y vió cuán gustoso atendía Octavio á lo que sobre ella le dijo Garay, el cual había estudiado en aquel arte, y aun perdido alguna hacienda en investigar la piedra filosofal, tan oculta á todos, pues hasta hoy ninguno con certeza ha sabido dar en el punto de esta incierta arte; y con el desengaño que Garay tenía y poco dinero, había conocido su poca certeza, y quería desquitarse de lo que perdió en ella con quien no había aun salido de este engaño, que era nuestro genovés, el cual con lo que le oyó á Garay, habiéndole creído, se juzgó monarca del mundo. Lo que le dijo á Garay fué que tenía prevenido en aquella su quinta cuanto era necesario para comenzar aquella experiencia, y así le mostró en un aposento apartado de la casa hornachas, alambiques, redomas y crisoles, con todo los instrumentos que los químicos usan y gran cantidad de carbon. Para esto halló Garay la mitad hecho para forjar al genovés una buena burla; y el mayor fundamento era verle presumido de entender aquellos libros y conocer que sabía poco de aquel arte, pues el alcanzar algo de sus principios no

podiera salir bien con su intento. Por entonces no se trató mas de esto, aunque el genovés no quisiera dejarlo de la plática. Bajaron á un cuarto bajo de la casa, cuyas ventanas caían á lo mas ameno del jardín, y allí les tenían prevenida la mesa; comieron gustosamente, y acabada la comila, dió lugar Garay para que el genovés y Rufina se quedasen solos, y fingiendo sueño, fuése á pasar la siesta; en tanto el genovés se declaró del todo con la dama, ofreciéndole cuanto tenía y poseía en su servicio; ella estimó su voluntad, y por entonces no le dió más que una leve esperanza, mostrándole afable rostro. Había visto una arpa en efecamin de arriba, y pidió que se la bajasen, que con la música comenzaba ella á hacer su negocio; gustó mucho el genovés de oír la que sabía tocar aquel dulce instrumento, y al punto mandó bajarle, diciendo que su difunta esposa le tocaba con primor, y que había como ocho días que, trayendo á aprender á unos amigos á su quinta, se había acordado. Vino la arpa, y habiéndola Rufina templado con mucha brevedad, comenzó á mostrar en ella su gran destreza, que con gran primor tocaba aquel instrumento, dejando admirado al genovés ver lo diestro que tocaba. Ella para rematarle mas, fiada en su buena voz, que, como está dicho, la tenía excelente, cantó esta letra:

Con lazadas de cristal,  
Dos risueñas fuentecillas  
En la amenidad de un prado  
Abrazos se multiplican.  
La capilla de las aves  
Tales paces solemniza,  
Y el murmureo de las selvas  
Los aplaude y regocija.  
Lisardo, que mira atento  
Amistad tan bien unida,  
Cuando vive despreciado,  
Dijo cantando á su lira:  
¡Ay qué dulce vida!  
Ay que amor suave!  
Ay que gusto sin celos!  
Ay que firmes paces!  
Fuentecillas, que haceis amistades,  
Si sabere al prado Belisa, poneos delante  
Porque olvide rigores,  
Que es quietud de las almas union conforme.

## CAPITULO X.

Garay y Rufina se proponen robar al genovés, y entre los dos discurren los medios de llevarlo á cabo; lo logran, y huyen á Málaga.

Rematado quedó el enamorado Octavio oyendo la suave y regalada voz de Rufina; la exageró su dulzura y juntamente su gran destreza, y no era encarecimiento de amor, que en uno y en otro tenía particular gracia; ella, mostrando colores en el rostro, mintió vergüenza donde no la había, y dijo: Señor Octavio, esto he hecho por divertiros; el celo se me agradezca, que osadía ha sido ponerme á hacer esto delante de quien tantas voces mejores que la mía habrá oído. Ninguna puedo haber que iguale á la vuestra, dijo Octavio, y así, quiero que vuestra modestia no sea ofensa de vos misma; preciaos, señora, de lo que el cielo con mano tan franca os ha dado, y sed agradecida á sus favores, estimáudoos mucho; y creed que mi aprobacion no es la peor de

Córdoba, que en mi mocedad tambien cursé el cantar, mas la lengua no me ayuda para cantar letras españolas; las italianas canté razonablemente, y esto á una tiorba, en que soy algo diestro. Viendo pues que Rufina quería dejar la arpa, la suplicó que no lo hiciese, y así volvió á asegurar con este romance:

El Bétis y sus cristales  
Parais ofrece á las flores;  
Porque aumenten la belleza  
Al verde espacio de un bosque.  
En las copas de los mirtos,  
Los pajarillos acordes,  
En su armonia explicaban  
Conceptos de sus amores.  
A favorecer los campos  
Salió de su albergue Clori,  
Envidia de las zagalas,  
Prodigio hermoso del orbe.  
Las aguas se suspenden,  
Alegranse las flores,  
Los vientejillos calman,  
Y así todos conformes.  
Las aves repiten con dulces voces:  
Huid, huid, temed, temed;  
Alerta, pastores,  
Que pues Clori en el campo sus plantas pone,  
Matarán sus ojos de amores.

De nuevo volvió á exagerar el genovés Octavio la gracia de su querida Rufina, y ella á estimar el favor que le hacia; quiso darla lugar para que reposase un rato la siesta, y él se subió al cuarto de arriba á hacer lo mismo. Ya Garay había pensado, en el tiempo que le juzgaban durmiendo, por qué parte se le podría hacer á Octavio la herida; y así, sintiendo que se había subido á reposar, salió de su aposento, y se fué al de su fingida sobrina; dióle cuenta de lo que tenía trazado contra Octavio, siendo capa de esto la química ciencia, de que tanto se preciaba; ayudándole á desearla saber perfectamente la demasiada é insaciable codicia que tenía; y era así, que le parecía que sabiendo hacer la piedra filosofal, piélagos en que tantos han zozobrado, seria oro cuanto en su casa había, y Creso había de ser un pobretón para con él, y Midas un mendigo. Confabuló Garay con Rufina en cosas importantes para que Octavio fuese el paciente y estafado; dióle algunos avisos, y tambien por escrito; porque con lo que le había dicho el genovés de que era persona científica en aquel arte, la hallase por lo menos sabedora de los requisitos de él y diestra en saber sus términos; de todo quedó muy advertida Rufina, y para principio del engaño Garay la pidió algunos eslabones de una cadena de oro, que antes de partir de Sevilla había comprado; era grande, y hacíanle poca falta docena y media, con que hubo bastante materia para comenzar la empresa. Con esto se fué Garay á la ciudad, y en una oficina de un platero liquidó aquel oro, é hizo de él una barreta pequeña, con que se volvió á la quinta á verse con Octavio, que había dormido como si no fuera enamorado, hasta poco despues que llegó. Comunicó con Rufina lo que traía pensado; y viéndose con el genovés, comenzaron á hablar en varias cosas diferentes de aquella materia, todo de propósito; porque Garay iba con ánimo de que él le moviera la plática, y era tan-

ta su codicia, que no pasó un cuarto de hora sin venir á tratar de la química en ella; con mas espacio comenzó á hablar Garay, como el que había tratado de aquella engañosa facultad, y había salido con las manos en la cabeza, como todos los que la profesan. Admiróle á Octavio ver cuán en los términos de todo estaba; porque aunque se preciaba de discípulo de aquella escuela, en lo que le oyó platicar le reconoció mas capaz que él, y así se lo dijo; quiso acreditarse Garay con el genovés y dar principio á su embuste con decirle que fácilmente sacaría, para prueba de lo que sabía, oro de otro metal; alegróse Octavio, y con grandísimo afecto le rogó que lo hiciese. Garay le preguntó si había carbon en la quinta, y el genovés le dijo que sí, y mucha cantidad, porque él había querido dar principio á la piedra filosofal. Subieron los dos adonde estaba la oficina que habían antes visto, y viendo en ella Garay hornillos, crisoles, alambiques y otros instrumentos químicos, dijo: De lo que al presente necesitamos ya lo tenemos aquí, que es de des crisoles pequeños; hizo subir fuego, y poniendo un poco de azófar á derretir en el uno, lo hizo liquidar, de modo que lo vió allí líquido el genovés; sacó una cajueta de la faldriquera Garay, y de ella un papel con unos polvos, que dijo ser lo importante para su intento; echólos en el crisol, y sacándole á la claridad de una ventana con la mayor presteza que pudo, sin que el genovés lo echase de ver, vació el azófar líquido por ella y en su lugar puso la barreta de oro que echó, y cubrióla, diciendo al genovés que importaba estar así media hora; en tanto hablaron de diversas cosas, todas en orden á desear el genovés saber hacer la piedra filosofal; porque era tanta su codicia, que le parecía que sabiéndola había de ser señor del mundo. Vió Garay ser hora de manifestar su trabajo á los ojos del codicioso, y destapando el crisol, sacó su barreta de él, mostrándosele á Octavio, que viendo aquello quedó loco de contento; si bien dudoso de que aquello fuese oro verdadero, y así se lo dijo á Garay, el cual se le dió, para que haciéndole tocar á un platero, conociese que le trataba verdad. Quiso averiguarlo Octavio, y partióse de la quinta á la ciudad, donde supo ser el oro de veinte y dos quilates, con que volvió gozosísimo. En tanto Garay no estaba ocioso, porque instruyó á Rufina en todo cuanto había menester para salir con su intento. Comunicaron todos tres la experiencia que se había hecho, y Octavio, ya mas codicioso que enamorado, quería que otro día se tratase de comenzar á trabajar en la piedra filosofal, prometiendo á Garay grandes ganancias, ofreciéndose él á hacer toda la costa, aunque fuesen diez mil escudos. Garay era gran tacaño, y llevaba ya pensada la burla con grandes fundamentos, y á la propuesta del genovés le dijo estas razones:

Señor Octavio, yo tengo casi sesenta años, que es decir haber pasado lo mejor y mas de mi vida; bien pudiera, con lo poco que sé de este arte, pasar lo que me queda con tanto descanso como un grande de España, sin empeño, esto á costa de muy poco trabajo, porque lo mas tengo pasado en mis estudios; yo carezco de hi-

jos; quien me ha de heredar una razonable hacienda que tengo es Rufina, sobrina mia; con ella y la que heredé de mi hermano, padre suyo, podrá casarse honradamente con tan principal merido como el que perdió, que era de lo noble de la Andalucía, sin buscar mas aumentos para ella, siéndome tan fácil el dárselos con lo que habeis visto; y el no usarlo lleva cierto intento que os quiero comunicar. En España saben que, si no soy yo, no hay ahora hombre que sepa la química con mas perfección, y han llegado las noticias que de mí tienen á oídos de su majestad, y así soy buscado con mucho cuidado por varias partes; mas ha sido tanta mi dicha, que he podido librarme de ser hallado, dando á entender que me he pasado á Inglaterra. La causa de huir de las muchas honras que su majestad me ha de hacer no va fundada en santidad y menosprecio de las cosas del mundo, sino en mi razon de estado, que es no querer honras ni favores con la pension de perder mi libertad para toda mi vida y pasarla disgustadamente en un honesto cautiverio, y declárome con vos mas. Su majestad está hoy con guerras en diferentes partes, cuyo gasto es tan grande, que para socorrer su gente, no solo ha menester sus rentas reales y la flota que viene de Indias, sino valerse de la ayuda de sus vasallos; pues si yo fuese hallado de los que diligentemente y con cuidado me buscan, sabiendo que con mi arte puedo remediar todo esto con mucha facilidad, claro es que enprendiendo mi persona han de dar con ella en una fortaleza, que ha de ser cárcel para toda mi vida, pues en ella no tengo de hacer otra cosa que trabajar siempre para aumentar los tesoros de mi rey y darle poder; y este bien se le diera yo por una ó dos veces, sino que la codicia en los hombres es tal, que no se contentan con lo que tienen, aunque sea mucho, sino que anhelan siempre á tener mas. Esta, señor Octavio, es la causa por qué ando fugitivo y encubierto, y debeisme el haberos revelado lo que no hiciera á mi hermano, que hoy fuera vivo; pero de vuestro valor y secreto fio el que os encargo, que no lo perderéis de mí.

Agradeció Octavio á Garay haberse declarado con él con tanta amistad, de la cual se hallaba tan feliz, que le parecia le podian envidiar todos los del mundo. Lo que le respondió fué que fundaba su razon de estado bien, y que para vivir preso, por temor de que no se pasase á servir á otro rey, la excusaba justamente con andar encubierto. Exageróle cuánto le estimaba y deseaba servir, y que no tenia que ofrecerle mas que su hacienda, que de ella podia servirse desde aquel día como cosa propia suya; pero que lo que le suplicaba era que, pues habia comenzado á dar muestra de su habilidad, no se partiese de Córdoba sin dejarle luz de ella. Esto le ofreció Garay, diciéndole que cosa tan preciosa como el oro no se hacia menos que costando oro á los principios, y que así le avisaba que habia de ser grande el gasto para hacer la piedra filosofal; que si queria disponerse á que él la hiciese con particion de la ganancia, que no le estaría mal. El genovés, que no deseaba otra cosa, le ofreció gastar cuanto tenia en ello, y Rufina de ayudar-

les, porque de la enseñanza de su tio se le extendia á ella algo, y aun mucho, replicó Garay. Quedó pues de concierto que de allí á dos dias se daria principio á la obra, proponiendo que el principio de elixir divino (así llaman los químicos al todo de su trasmutacion) se forma de la congelacion del mercurio con el napelo, con la horra, con la cicuta, con la lunaria mayor, con la orina, con el excremento del muchacho bermejo, lambicado con los polvos de aloes, con la infusion del opio, con el unto del sapo, con el arsénico y con el salitre ó sal gema, y que él lo pensaba hacer con la orina del muchacho bermejo, la cual encomendó á Octavio le buscarse con diligencia, que era mas á propósito que ninguna cosa. El se ofreció á buscarla, y para dar principio á la obra dió quinientos escudos á Garay, porque estos dijo haber menester para cosas precisas que se habian de comprar; y esta liberalidad hizo el genovés, así por el interés que se le seguia de lo que esperaba poseer como por haber dormido sobre el caso y pensar tratar casamiento con Rufina, pues teniéndola á ella por esposa, era cierto tener de su parte á Garay y que no le faltaria. No quiso dilatar el publicarle su pensamiento, que aquella noche, acabando de cenar, le sacó al jardin y se lo dijo. Parecióle á Garay que iba mejor encaminado su intento por allí; y así, le estimó su deseo exagerándole cuánto ganaba su sobrina en tenerle por dueño suyo; pero que habia un inconveniente, que era esperar una dispensacion de Roma para poder casarse, porque luego que enviudó Rufina, habia prometido, con el ansia de perder su esposo, entrarse religiosa, y para relajar este voto, que se hizo apasionadamente, habian despachado á Roma por dispensa de su Santidad; y que la jornada á Madrid era á cobrar ciertos réditos de un juro que tenia sobre la hacienda de un gran señor, que por poderoso no se le pagaban seis años habia; que le daba su palabra que venida la dispensacion se trataria luego del casamiento, que él veia á su sobrina muy inclinada siempre á lo que él la ordenase. Con esto quedó Octavio el mas contento hombre del mundo, y desde aquella noche fué dueño Garay de cuanto poseia.

Comenzóse pues á forjar la burla comprando Garay algunas cosas que él encarecia valer mucho á Octavio, y todo era engaño. Previno nuevas hornachas, nuevos crisoles y alambiques, diciendo que los que allí habia no eran á propósito. Esto hizo en tanto que nuestro genovés andaba buscando los orines del muchacho bermejo, que fueron algo dificultosos de hallar, aunque lo consiguió con dineros, que todo lo allaban, porque temiéndose de un hechizo la madre del muchacho, quiso que se le pagasen bien. Todo cuanto Garay dilatava su química cautela era para hallar á propósito disposicion de dar el salto á Octavio; y para cuando se ofreciese la ocasion tenia comprados dos valientes rocines á propósito para huir de Córdoba, y estos estaban en parte secreta.

Compuso las destilaciones sobre las hornachas á vista del genovés, compró alguna alquimia, bronce y azófar,

diferentes sales y otras cosas de lo que los químicos usan; y dando fuego á las hornachas, destilaban lo que se les ponía, que no era nada á propósito, sino solo para engañar al que gastaba sin órden, con la espera de lo que habia de resultar de allí. En cuanto á amor, íbale mejor á Octavio, porque con lo propuesto del casamiento, la señora Rufina, por pasar con su engaño adelante, le hacia algunos lícitos favores en ausencia de Garay, con que Octavio andaba loco y manirote.

Ofreciósele venirse á Octavio una letra de cantidad que hubo de pagar á veinte dias vista; y con esto y alguna quiebra de correspondencias que tenia en partes extranjeras, con que temia faltar de todo punto á su crédito, si aquello no se componia en su favor; pero por lo que sucediese valiése del remedio que toman todos los hombres de negocios que quiebran, que es salvar los bienes para despues hacer la fuga á su salvo. Así nuestro genovés no se dió por quebrado de todo punto, pero iba disponiendo la prevencion para si sucediese, que fué lo que le estuvo mejor á nuestra Rufina y á Garay. Ocultó algunos bienes de joyas y dineros Garay en nombre del genovés, de quien él ya hacia mucha confianza, y la persona que los tenia en depósito estaba avisada que á nadie los entregase sino á uno de los dos; sin esto llevóse otro tanto á la quinta, que á vista de Rufina encerró en un secreto lugar que para fracasos como estos tenia fabricado con mucho artificio, sin que nadie diese con ello, si no es que lo supiese. Ibase trabajando en la mentida destilacion, dándole Garay buenas esperanzas que dentro de veinte dias tendria fin aquel trabajo y veria mucho oro en su casa para reparar aquellas quiebras, siendo mas de mil escudos los gastados en adherentes químicos, segun la cuenta de Garay, no habiendo gastado quinientos reales. Ofreciósele á Octavio en este tiempo llegar á Andújar á verse con un correspondiente suyo para tratar con él cómo se sanearian estas quiebras que se esperaban, y encargando á Garay su casa, fué dejar carne al lobo, porque viendo la ocasion como la pudo desear, sin aguardar á mas, sacó el depósito de aquella casa, lo que era dinero y joyas, y dejó la plata labrada, y lo que ocultaba la quinta no se quedó en ella; y acomodándolo bien, desampararon Rufina y Garay las hornachas y alambiques, y con su dinero acrisolado hicieron la piedra filosofal á costa del genovés ausente. Pusiéronse á caballo en ocasion que la gente de Octavio dormia, y tomando el camino de Málaga, que sabia muy bien Garay, caminaron por él toda la noche, con mas de seis mil ducados en joyas y dineros. Tuvieron advertencia de dejar las hornachas puestas y los crisoles y alambiques armados y todo á punto, y encima de un bufete un papel que escribió Garay en verso, que lo sabia hacer, para que con mas picazon quedase Octavio. Con esto, como está dicho, se parieron á media noche en sus rocines, que ya habian traído á la quinta, desviándose del camino real, adonde los dejarémos ir su viaje, ricos y prósperos, á costa del paciente, por decir lo que sucedió.

Volvió Octavio de Andújar de allí á dos noches, no

may gustoso, por no haber negociado como quisiera, porque el agente no halló modo cómo guiar aquellas cosas para prevenir el daño que esperaban, por la quiebra de correspondencias y de caudal; pero lo que á nuestro genovés le consolaba mas era tener en Garay fundadas unas firmes esperanzas de que saldria con su empresa de modo que todo aquello se remediase y él quedase riquísimo, que tan ciego le tenia su química ó quimera. Llegó á la quinta ya de noche, y halló en ella á un criado suyo, que en compañía de Garay y de Rufina habia dejado, que los demás estaban en Córdoba. Este le recibió con un semblante muy triste; y hallándose con él arriba, sin ver mudanza en él de semblante, le preguntó con alguna alteracion, temiendo que hubiese novedad, por sus huéspedes; de ellos no le pudo dar razon alguna el criado, porque no los vió partir de la quinta, que le dejaron durmiendo y cerrado en su aposento; y así se lo dijo á su amo, y que por ser fuerte la puerta de él, no la pudo abrir hasta que la hizo pedazos, estorbándose en esto hasta medio dia. Buscaron lo que por allí habia, y hallaron los cofres descerrajados y su dinero menos; no era esto lo que mas temia Octavio, sino que hubiese Garay llegado á su depósito. Al entrarse á acostar, poniendo el mismo la luz sobre el bufete donde estaba el papel, le abrió y vió en él escrito este romance:

Alquimistas mentecatos,  
Mas codiciosos que ricos,  
Que en multiplicar hacienda  
Poneis todos los sentidos,  
La piedra filosofal,  
Que tanto habeis pretendido,  
Para convertir en oro  
Todo metal menos fino,  
Enseña el doctor Garay,  
En el orbe protoquímico,  
Que vive ya escarmentado,  
Si pecó de molotito.  
Este, siguiendo la escuela  
De Alejandro, Jervo y Rosino,  
Paracelso, Morieno,  
Raimundo, Avicena, Alquindo,  
Con otros varios autores,  
Que eminentes y eruditos  
Se quemaron las pestañas  
Por parecer entendidos,  
Desentrañando los senos  
De sus bien pensados libros,  
En el fin de sus estudios  
Supo lo que en el principio.  
Y así, despues de gastar  
Tiempo, que dió por perdido,  
Solo el santo desengaño  
Le curó de su delirio.  
Lo que enseña desta ciencia,  
En que tan docto ha salido,  
Es á escapar deste daño  
Y á huir deste peligro.  
Y porque los anhelantes  
Que siguen su laberinto  
No se queden sin vejamen,  
Les pide atentos oídos.  
Hombres de cascos baldados,  
Ligeros de colodrillo,  
Que para mofa de todos  
Traeis al sesgo el juicio,  
¿En qué fundais la intencion,  
En qué estriba ese capricho,  
Que corrupcion de materias  
Engendren oro subido?

¿Putrefacción de excrementos  
Ha de producir al hijo  
Del sol, que navega á España,  
De donde lo inquiere el indio?  
¿De cicuta ponzoñosa,  
Del opio, veneno impio,  
Ha de formarse un metal,  
Del mundo el mas pretendido?  
¿El arsénico y lo graso  
Del oso han de ser principios  
De generacion tan noble?  
¿No mirais que es desatino?  
¿Si á interpretar jerigonzas  
De vocablos inauditos,  
Andais de autor en autor,  
¿No veis, no veis que ellos mismos,  
Cuando se dieron al ocio  
De sus estudios prolijos,  
Para desvelo de necios  
Escribieron en guarismo?  
Porque á saber ser verdad  
Lo que tanto habeis creído,  
Con lo oscuro no os hicieran  
Escolásticos del limbo.  
Lo enigmático y dudoso,  
Pretendiendo ser Edipos,  
¿Quereis deslobreguecer,  
Cayendo en mayor abismo?  
Si creéis que por verdad  
Afirmaron los antiguos  
Que la química era ciencia  
Importante á los nacidos,  
¿No echais de ver que en el modo  
De vocablos exquisitos,  
Para mas desatinaros  
Huyeron del Calepino?  
La virtud trasmutativa  
Llamaron (ved qué delirio)  
Polvo, piedra, cuerno, ungüento,  
Elixir y otros distintos  
Nombres, para que la escuela,  
Que inquiere trasmutativos,  
Dando en temas de locura,  
Multiplica desvarios.  
Lo que os manda ejecutar  
En los términos precisos,  
¿No veis que echa bernardinas,  
Pues son sus vocablos mismos?  
Denso, raro, ánima, cuerno,  
Volatin, ingenio fijo,  
Formas, materias, pureza,  
Duro, blando, puro, misto.  
Los humos de que se vale  
Son calcantes, litargirios,  
Magnetos, férreos y talcos,  
Calaminas, salcatinos.  
A los cuerpos de las sales  
Los llaman nombres de espíritus,  
Hilipinguado, baurat,  
Tucar, coágulo, vitro.  
Al azogue, que es el norte  
En quien fundan sus principios,  
Llaman Mercurio, Favonio,  
Ecuato, Eufrate, unitivo.  
A la plata, luna, reina,  
Incineracion, lucinio,  
Nigredo, calcinacion,  
Hipóstasis femenino;  
Y vosotros para usar  
De aquestas cosas, solfeitos  
Andais siempre entre crisoles,  
Bacias, fuelles, hornillos,  
Baños, morteros, cedazos,  
Parrillas, copellas, vidrios,  
Alambiques, cazos, ollas,  
Fuego, cazuelas, lebrillos,  
Tan tiznados y ahumados,  
Tan quemados y curtidos,  
Que parecen en los rostros  
A los sulfúreos ministros.  
Que el escarmiento en los necios,

Que fingieron tal camino,  
No os libre de mentecatos,  
Es de lo que mas me admiro.  
Pues buscando incertidumbres,  
Apurados de juicio,  
Empeñadas las haciendas,  
Y de caudales fallidos,  
Andais mas pobres que andan  
Vagabundos peregrinos,  
Gramáticos y poetas,  
Entre quien pocos se han visto  
Con caudal; y así vosotros,  
De la razon fugitivos,  
Disipais todos los vuestros,  
Emprendiendo desatinos.  
Tú, Octavio, con tanto amor  
Como codicia, has venido  
Confiado en este embuste  
A ver vanos tus designios.  
Si bien el que esto escribe  
Bien con el suyo ha cumplido,  
Pues de palabras de viento  
A sacar moneda vino,  
¿Qué piedra filosofal  
Hay de quien se haga oro fino,  
Como de un fingido engaño  
Y un amoroso cariño?  
El mio halló su provecho,  
Y la moza hizo su oficio,  
Que es fingir amor en quien  
Estafado de ella ha sido.  
Ahí quedan las hornachas,  
Los alambiques y vidrios;  
La receta de hacer oro,  
Esa la llevo conmigo.  
Si te pareciere bien,  
Estafa á otro motolito,  
Porque pague con su engaño  
Lo que te hemos ofendido.  
Porque cobrar tu moneda  
Con las armas de Filipino,  
Tus ojos no lo verán  
Por los siglos de los siglos.

No tardó poco el engañado genovés en leer los versos satíricos que sus fugitivos huéspedes le dejaron; luz tuvo de ser ellos los autores del robo, mas no la halló para topar con ellos. Aquella noche la pasó cual puede considerar el discreto lector de quien se veía en víspera de quebrar, y sin remedio de soldar su quiebra, y estafado ó robado. No perdió la esperanza, así de hallar en Córdoba el depósito intacto como de alcanzar á los robadores de su moneda. Vuelcos daba por la cama, y no lo causaba el amor de la tacaña Rufina, que ya se le había quitado con la falta de su moneda, sino el haberla perdido engañado de un embustero socarrón; allí maldijo los principios de su química, aunque debiera echarlos bendiciones, pues le atajaron con la burla que prosiguiera en su intencion. Apenas vió el día, cuando levantándose á toda prisa fué luego á la ciudad y á la casa del depositario de su hacienda, y preguntóle si había acudido allí Garay; le respondió que sí, y se había llevado cuanto en su poder tenía, siguiendo la órden que le había dado de entregárselo si viniese. En poco estuvo el desesperado genovés de no quedarse allí muerto de pena; hizo demostraciones de sentimiento, tantas, que á no saber la causa el depositario, le tuviera por falto de juicio. Consolóle lo mejor que pudo, y aconsejóle cuánto le importaba que luego se hiciesen apretadas diligencias en buscar á los delinquentes; hizo cuantas pudo, á costa de su dinero, que

le llevaron comisarios despachados con requisitorias por varios caminos; pero el que llevaba Garay y Rufina era tan extraordinario, que no dieron con ellos; y así, se volvieron á Córdoba á cobrar los salarios de quien les había despachado, con que fué añadir gasto al robo. Dilatóse luego por toda la ciudad, con que á otra letra que le vino al genovés hubo de ausentarse por no aceptarla y dar consigo en Génova con lo que pudo salvar de su moneda y hacienda, dejando á sus acreedores á la luna de Valencia, sin hallar bienes de qué cobrar sus deudas y créditos que le habían dado: paradero ordinario de los que abrazan mucho con poco caudal, fiados en que con la fuga se libran de estos lauces.

## CAPITULO XI.

En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones; los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debían depositar en un ermitaño; discurre Rufina el robarlo; lo pone en ejecución, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.

A largo paso caminaban Garay y Rufina por camino desusado: en cuatro noches no durmieron en poblado, temerosos de que no fuesen hallados de la justicia, presumiendo que el ofendido genovés los había de hacer buscar con cuidado; al fin ellos desvanecieron sus diligencias con guardarse en disfrazado traje de ocupar el poblado. Garay acudía á él por lo necesario para sustentarse, y por ser buen tiempo, que era entonces la primavera, dormían en el campo. Llegaron á un bosque una tarde al ponerse el sol, temerosos de que un nublado muy denso no descargase sobre ellos cantidad de agua y piedra, que eso prometía con dilatados truenos y recios; con este temor se acogieron á lo mas espeso, donde amparándose de las ramas, las tomaron por defensa de una recia agua que el cielo envió, envuelta en piedra. Con el mismo temor se valieron del bosque otros que eligieron por amparo otro puesto cercano al en que estaban los fugitivos Garay y Rufina. El rumor de su plática dió motivo á Garay para que quietamente saliese de donde estaba, y encubierto de las ramas se puso cerca de ellos.

Erán tres hombres los que estaban allí, y cuando Garay llegó comenzaba esta plática el uno de ellos: Si esta noche, compañeros míos, no se serena, mal lance podemos esperar en lo que emprendemos; porque á continuar así esta agua, vendrá á ser estorbo de nuestros intentos. Así es, dijo otro, y el ermitaño de la ermita del cerro se habrá cansado en balde de habernos aguardado para facilitar nuestro robo. Unico hombre es, dijo el otro, y la capa de su hábito lo es de nuestros latrocinios, y ha sido excelente el modo con que ha sabido granjear las voluntades de los que le han dado á su cargo aquella ermita. El sabe tambien fugir con su estudiada hipocresía, que engañará á cualquiera, replicó el primero, y así lo ha hecho, acreditándose de virtuoso varon por toda esta tierra, siendo el mayor bellaco facineroso que habita en ella. Doce años ha que le conozco, dijo el segundo, usar el trato del araña, y

en todo este tiempo ha tenido tanta dicha, que nunca puso pié en cárcel, habiendo otros que al primer hurto son castigados. Es el amparo de los de nuestro trato, y su ermita, con aquella cueva que ha hecho debajo de ella, el depósito de nuestros hurtos, dijo otro, y el de antes de ayer fué el mas considerable que ha habido en esta tierra, pues pasaron de mas de mil y quinientos escudos en oro los que le quitamos al tratante en tocino. No me contento con otros tantos, dijo el que primero había hablado, si la noche se mejora. Con esto trataron del modo cómo habían de ejecutar el hurto, de que no perdió sílaba Garay: sabía toda aquella tierra bien, y tenía la medida á palmos; de modo que conocía razonablemente al ermitaño, si bien le tenía por un santo, no imaginando que tal trato tuviese ni que su ermita fuese receptáculo de ladrones. Volvióse á su puesto con Rufina, á quien contó cuanto había oído á los ladrones; estuvieron quietos, deseando que así lo estuviesen sus dos rocines, porque de ser sentidos, esperaban que tendrían mejor medra con sus despojos que con el hurto que iban á hacer. Sucedióles bien, estando la fortuna de su parte, porque las cabalgaduras estuvieron quietas, la noche se serenó, y los ladrones acudieron á hacer su herida: Garay y Rufina, sintiendo que se ausentaban de allí, tomaron el camino de una cercana venta, donde posaron aquella noche, y estuvieron en ella esotro día; allí confirieron Garay y Rufina lo que habían de hacer, y se dirá adelante, dándoles motivo á nueva empresa lo que á los tres ladrones habían oído la noche antes; y así dispuesto todo, los dos se fueron cerca de la ermita del cerro, donde estaba el hermano Crispin, que así era llamado, siendo ermitaño, y antes Cosme de Malhagas, por mal nombre entre los de su trato.

Ensayada estaba Rufina en lo que había de hacer; y así, á un árbol que estaba al pié de un cerro, cercano á la ermita, fué atada de Garay, y luego comenzó ella en altos gritos á decir: ¿No hay quien favorezca á una desdichada mujer que la quieren quitar la vida? Cielos, doleos de mí, y vengad el agravio que se le hace á mi inocencia. Aquí hacia su papel Garay, diciendo: No tienes que dar voces á quien no te ha de remediar; encomiéndate á Dios el poco tiempo que te queda de vida, que luego que seas atada á este árbol te he de sacar el alma á puñaladas. A los primeros gritos oyó Crispin á la mujer, y ballóse solo en la ermita, cosa nueva, porque siempre vivía las noches acompañado de la gente *non sancta* de su trato. Valióse el bendito de dos escopetas, antes que de amonestaciones, que no son tan eficaces para el miedo entre la gente obstinada; y así bajó al puesto donde estaban Rufina y Garay, disparando una escopeta. Vióle de molde á Garay esto, porque habiendo de hacer su fuga como tenía concertado con su moza, la hacia con mayor causa, pues se le atribuiría á temor de aquella tremenda arma; y así, poniéndose en su rocín y tomando la rienda al otro, á todo correr se ausentó de allí. Bajó Crispin, donde á la luz clara de la luna, que entonces comenzaba á salir, vió á Rufina